

CLÁSICOS Y MODERNOS

54

JACINTO BENAVENTE

EL PRÍNCIPE
QUE TODO LO APRENDIÓ
EN LOS LIBROS



IMPRESA ALSINA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.

COLECCIÓN ARIEL

Octubre de 1914

Apreciaciones

...Perdón, Juanito; perdón, Mariquita, si me pongo pedante y os hablo un lenguaje que, afortunadamente, no comprendéis. Es que yo soy ya grande; y esto, el hacerse grande, es una cosa que da lástima que les pase a los chicos, según acaso hayáis ya leído en alguno de los siete u ocho kilos de libros con que os veo ir cargados todos los días al colegio.

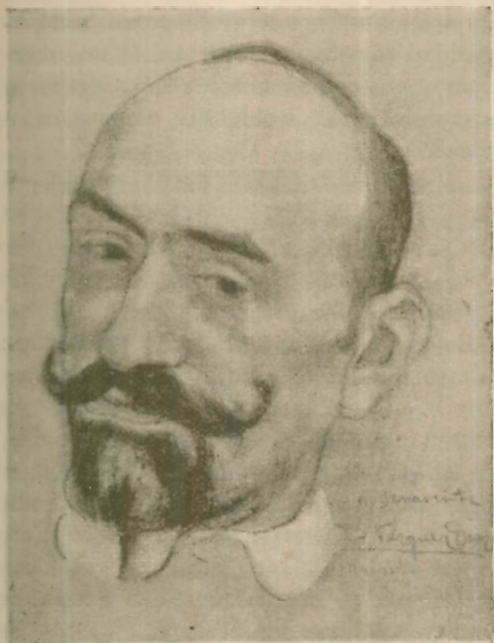
Fijaos en el príncipe azul, el que todo lo aprendió en los libros y no aprendió nada, y lo comprenderéis. Lo mejor que aprendió aquel príncipe bueno, generoso, valiente, fué en la vida. Los libros, casi todos los libros, andan todavía por un lado y la vida por otro.

.
Las hadas generosas que buscaba, los monstruosos ogros que temía y que los libros

le enseñaron, no existen; pero hay hadas y hay ogros, unas que venerar y otras que destruir, porque éstos son los verdaderos ogros que se tragan las casas y las tierras de las víctimas de sus sórdidas garras, y aquéllas las verdaderas hadas que infunden el ánimo, la nobleza, el bien.

¡La ciencia, ah, la ciencia! Cuando el príncipe ha de escoger perdido en el bosque, entre dos caminos, su preceptor, eminente, vacila. La carta geográfica no está clara. Pero era que el preceptor saltó dos líneas. La ciencia no se equivoca nunca. Los que se equivocan son los sabios, lo cual no es igual, aunque viene a ser lo mismo...

Decir la luminosa fantasía, la poética inspiración, la ironía sin hiel, la gracia infantil, la fluyente ternura que Jacinto Benavente derrama a raudales en este cuento de *El príncipe azul*, con ingenuidades de Perrault y ráfagas de Shakespeare, no sería posible más que reproduciéndolo entero. Y ni aún así, porque la acción escénica, la plasticidad de las figuras, los trajes, las luces y las «láminas» que como apropiado y deliberado ornamento semejan la decoración, real-



JACINTO BENAVENTE

(Dibujo de Vázquez Díaz)

zan y avaloran lo positivo y lo irreal que en tan armoniosa ponderación y tan igual intensidad en este precioso cuento nos regocijan y nos conmueven a todos, porque ni es grande para los chicos ni chico para los grandes.

José de Caserna

(De *El Imparcial* de Madrid).

En Benavente hay mucho de Mefistófeles; es mefistofélica su sonrisa burlona, la sonrisa ligera, delicada, que ilumina su cara cada vez que dispara una frase sangrienta, un chiste en que sacrifica a un amigo; es mefistofélico en su aspecto, en el brillo de su mirada... Escribo esto y me lo figuro sentado ante el blanco mármol del café; con sus bigotes de guardamano, que él atusa de cuando en cuando; el cigarro, entre los dedos índice y anular, sacudido nerviosamente para que caiga la ceniza...

Benavente es artista de veras. Hombre cultísimo, de selecta y variada lectura, tiene ingenio espontáneo, percepción para coger al vuelo el detalle, la *nuance*, la frase que

caracteriza al personaje. Posee el arte de decir las cosas más crudas en la forma más candorosa. Si se me permitiera hacer una frase, diría que su obra es como una horizontal en traje de primera comunión. *Gente conocida* es una pintura delicada, profunda, de la «buena sociedad» madrileña, del «todo Madrid». Y Benavente ha tenido tal discreción perversa, que, burla burlando, con la sonrisa en los labios, ha hecho que los abonados de la Comedia aplaudan su propio retrato... un retrato de las deliciosas monstruosidades y encantadoras aberraciones del gran mundo.

Ya lo he dicho: la característica de Benavente es la sátira delicada, la ironía elegante, si se puede hablar así.

J. Martínez Ruiz

(Azorín)

Charivari (1897).

Jacinto Benavente es aquel que sonrío. Dicen que es mefistofélico, y bien pudieran ocultarse entre sus finas botas de mundano dos patas de chivo. Es el que sonrío: ite-

mible! Se teme su crítica florentina más que los pesados mandobles de los magalladores diplomados; fino y cruel, ha llegado a ser en poco tiempo príncipe de su península artística, indudablemente exótica en la literatura del garbanzo. Se ha dedicado especialmente al teatro, y ha impuesto su lección objetiva de belleza a la generalidad desconcertada.

.
Teatro fantástico de Benavente, una joya de libro que revela la fuerza de ese talento en que tan solamente se ha reconocido la gracia. Fuerza por cierto; la fuerza del acero del florete, del resorte, finura sólida de ágata, superficie de diamante. Es un pequeño «teatro en libertad»; pero lejos de lo telescópico de Hugo y de lo suntuoso que conocéis de Castro. Son delicadas y espirituales fabulaciones unidas por un hilo de seda en que encontraréis a veces, sin mengua en la comparación, como la filigrana mental del diálogo shakespearano, del Shakespeare del *Sueño de una noche de verano* o de *La Tempestad*. El alma perspicaz y cristalinamente femenina del poeta crea deliciosas fiestas galantes, perfumadas

escenas, figurillas de abanico y tabaquera que en un ambiente Watteau salen de las pinturas y sirven de receptáculo a complicaciones psicológicas y problemas de vida.

Este modernista es castizo en su escribir, y es lo castizo en su discurso como la anti-güedad en el mérito de ciertas joyas o encajes, en puños de Velázquez o preseas de Pantoja. Y al conocerle, en el café Lion d'Or, que es su café preferido, he visto en su figura la de un hidalgo perteneciente a esa familia de retratos del Greco, nobles decadentes, caballeros que pudieran ser monjes, tan fáciles para abades consagrados a Dios como para hacer pacto con el diablo. En las pálidas ceras de los rostros se transparentan las tristezas y locuras del siglo. Así Jacinto Benavente. En toda esta *débaclé* con que el décimonoveno siglo se despide de España, su cabeza, en un marco invisible, sonríe. Es aquel que sonríe. Mefistofélico, filósofo filoso, se defiende en su aislamiento como un arma; y así, converse o escriba, tiene siempre a su lado, buen príncipe, un bufón y un puñal. Tiene lo que vale para todo hombre más que un reino: la independencia. Con esto se es el

dueño de la verdad y el patrón de la mentira. Su cultura cosmopolita, su cerebración extraña en lo nacional, es curiosa en la tierra de la tradición indomitable; pero no sorprende a quien puede advertir cómo este suelo de prodigiosa vida guarda para primavera futuras las semillas de un Raimundo Lulio.

Rubén Darío

La Nación (Buenos Aires). (Marzo, 1899).

La España Contemporánea. Garnier. (París, 1901).

*Detupie
1914*

EL PRÍNCIPE
QUE TODO LO APRENDIÓ EN LOS LIBROS

CUENTO EN DOS ACTOS Y SIETE CUADROS

Estrenado en el Teatro Príncipe Alfonso en la tarde
del 20 de diciembre de 1909

PERSONAJES

El Rey y su esposa la Reina.—El Príncipe Azul.
hijo.—Tonino, bufón del Príncipe Azul.—El Preceptor.—El Rey Chuchurumbé.—Las tres hijas del Rey Chuchurumbé.—La Vieja.—El Ogro.—La Bella, esposa del Ogro.—Dos leñadores.

EL PRÍNCIPE QUE TODO LO APRENDIÓ EN LOS LIBROS

ACTO PRIMERO

Cuadro primero

Un palacio

ESCENA PRIMERA

El REY y la REINA

REY.—No llores más. La felicidad de nuestro reino exige el sacrificio. El Príncipe sabe todo lo que pueden enseñar los libros y los maestros; pero es preciso que conozca el mundo.

REINA.—¿Crees que vale la pena de conocerlo? ¡Bueno está el mundo! ¡Exponer a sus riesgos y maldades al hijo mío; tan hermoso, tan inocente!...

REY.—Bueno sería, si la vida pudiera detenerse, si por ley natural no hubiéramos de faltarle cuando aún será muy joven. El cariño de los padres puede levantar murallas que defiendan a los hijos de la maldad y tristezas del mundo; puede fingirles un

mundo de ilusiones, que no es el verdadero... Pero al morir nosotros, cuando deba reinar él solo sobre millones de súbditos de toda condición; cuando nadie esté a su lado para quererle con desinterés, para aconsejarle sin malicia, para advertirle sin engaños...

REINA.—¿Y para qué han servido entonces tantos maestros?

REY.—Para que nuestro hijo se canse de ellos y prefiera a sus lecciones fastidiosas leer cuentos de hadas y encantadores. ¿Te parece poco?

REINA.—¿Y eso te agrada? ¿No hubiera sido mejor orden primero las mentiras de los cuentos, después las verdades de la ciencia?

REY.—Nunca. Es mejor orden asentar primero el terreno firme y sobre él esparcir la menuda arena en que puedan florecer los rosales, que no dejar caer sobre las flores las duras piedras del terreno firme. Edifiquemos nuestra vida como gótica catedral: bien cimentada abajo, como fortaleza; pero en lo alto, festones florecidos, claros de vidrios multicolores; aligerar la mole, toda de piedra; como si más que afirmada en la tierra pareciera suspendida del cielo.

REINA.—Bien está. Pero no comprendo lo que el viaje de nuestro hijo pueda significar en todo eso.

REY.—Significa el puente que hemos de tender entre la verdad y la ilusión. Ese puente es la vida, que va de una a otra y las une y las confunde de tal modo que forma de ellas toda la realidad.

ESCENA II

DICHOS, el PRÍNCIPE, el PRECEPTOR y TONINO

REINA.—¡Hijo mío!

PRÍNCIPE.—Vengo a pedir os vuestra bendición.

REINA.—¡Qué crueldad, qué crueldad!

REY.—Vamos... Eres reina antes que madre... Abrazad a vuestro hijo y no hagáis flaquear su valor.

PRÍNCIPE.—Madre y señora mía... Voy muy contento... Me acompañan fieles servidores... Mi preceptor y mi buen Tonino...

REINA.—Habrás dispuesto el equipaje sin olvidar nada.

REY.—¿Qué llevas ahí?

PRECEPTOR.—Libros para el estudio.

TONINO.—Yo, buenas provisiones, que es lo que importa.

REINA.—¡Hijo mío! Yo sé que el Rey quiere que viajes sin aparato alguno, porque el Tesoro real no está para despilfarros; pero tu madre ha sabido ahorrar para ti estos doblones... Fueron un regalo del Rey para un manto de armiño; el que tengo está muy apolillado, pero hasta tu regreso no he de vestirme más que de jerga y bayetas.

REY.—Eso es, para que los sastres y modistas se hagan republicanos... Te comprarás el manto y vestirás como conviene al decoro regio.

REINA.—Vosotros, mis buenos servidores, cuidad a vuestro Príncipe...

PRECEPTOR.—Volverá hecho un sabio.

TONINO.—Os le traeré sano y gordo.

REINA.—Eso, eso... Cuidado con lo que comes, sobre todo. No le dejes atracarse de mojama, castañas pilongas, ni pastillas de goma... Ya sabes que el Príncipe se muere por estas golosinas... Ved que es el heredero del reino.

PRECEPTOR.—Vuestro reino tendrá en él un rey sabio y justo.

REINA.—¿Lleva mucha ropa blanca?

PRECEPTOR.—De todo, señora.

REINA.—¿Las tres docenas de pañuelos que yo le he bordado?

PRÍNCIPE.—Sí, madre mía... Pero yo no sé que los príncipes hayan usado nunca más de un pañuelo de finos encajes, ni que hayan necesitado ropa blanca... Las historias de hadas no dicen nada de eso... Los príncipes van por selvas y montes, caen sobre ellos aguaceros deshechos, cruzan ríos y lagos, y su ropa no padece deterioro.

TONINO.—¿Y no alcanza a sus criados esa virtud? Porque sentiría estropear este sayo, que es el mejor de los dos que tengo.

REY.—Vaya, apresurad la partida, antes de que llegue la noche.

PRÍNCIPE.—Padre y señor... Madre mía...

REINA.—Escribid a diario.

PRECEPTOR.—¿Llegarán las cartas?

REINA.—Sí, el Rey ha dado órdenes muy severas para el buen servicio del correo.

PRECEPTOR.—Menos mal. Siempre ganan algo los pueblos con los viajes de los príncipes.

REINA.—Adiós, adiós... ¿No habrás olvidado el frasco de la maguesia?

REY. ¡Oh! Las mujeres... Nunca saben dar a una situación la solemnidad conveniente.

PRECEPTOR.—Señor, ¿hay nada más solemne que estos vulgares cuidados de las madres?...

TODOS.—Adiós, adiós, adiós...

MUTACIÓN

Cuadro segundo

El campo. Dos caminos: uno, de zarzas y piedras;
otro, de flores

ESCENA PRIMERA

EL PRÍNCIPE, TONINO y el PRECEPTOR

PRÍNCIPE.—¿Dónde estamos? Asegurabas que antes de una hora estaríamos en poblado... Y ya lo veis... Estamos perdidos.

PRECEPTOR.—Pero muy perdidos. Yo consulté la carta geográfica del reino..., la última publicada por la Real Academia de Ciencias ..

TONINO.—Yo os dije que no íbamos por buen camino.

PRECEPTOR.—Pero, ¿iba yo a fiarme de ti más que de la Real Academia de Ciencias?...

TONINO.—Pues debisteis fiaros, que más de cien veces hice el camino de día y de noche.

PRECEPTOR.—Sin saber por dónde ibas.

TONINO.—Pero yo llegaba... Y ahora, ¿quien sabe dónde estamos?

PRECEPTOR.—Aquí se nos ofrecen dos caminos.

TONINO.—Decid uno; que ése no es camino, ni senda, ni puede llevarnos a parte alguna. Todo él es malezas y riscos. Por ese otro hemos de echar, que, según lo cuidado y pulido, ha de serlo de una gran ciudad.

PRÍNCIPE.—Necio eres. Buena tentación para caer en ella. Tú no sabes que en todas las historias los buenos caminos son los engañosos, los que llevan al castillo de algún ogro terrible, que no tarda en tragarse a los infelices engañados. En cambio, estos senderos ásperos son los que conducen a los jardines y a los palacios de las buenas hadas y de los buenos reyes, donde moran las bellas princesas que esperan a los príncipes enamorados.

TONINO.—Será como decís. Pero principio quieren las cosas, y nunca vi que acabara bien lo que mal empieza; si es posible

que acabe mal lo que empieza en bien. Pero en la duda, del lobo un pelo, y según la cara los hechos... Y creedme, y echemos por esta parte. ¿No oís aquí músicas y cantar de pájaros, y de este lado nada: el viento quejumbroso y pajarracos de mal agüero?...

PRÍNCIPE.—¡Ah, qué ignorante eres! Este, este es el buen camino. Así vi siempre representado el de la virtud... y como este otro el del vicio... ¿No lo crees así, Preceptor?

PRECEPTOR.—Yo no creo nada desde que la Real Academia de Ciencias me ha engañado... Dejadme consultar mis libros.

TONINO.—Aquí llega una hermosa aldeana que podrá indicarnos el camino. (*Sale la Bella*).

ESCENA II

DICHOS y la BELLA

BELLA.—Buenos días, señores...

TONINO.—Hermosa joven, ¿sabréis decirnos dónde estamos y adónde conducen estos dos caminos?

BELLA.—Éste diréis, que ése ni es camino ni conduce a parte alguna.

TONINO.—¿Qué os decía yo?

PRÍNCIPE.—Guarda, y no confíes.

BELLA.—¿Sois forasteros en estas tierras? Si necesitáis descanso y refrigerio puedo ofreceros mi casa, mejor diré, la de mi marido, que está a poca distancia. Todas esas tierras que veis desde aquí son suyas, como todo el lugar vecino. Se tendrá por muy dichoso en recibir y agasajar a señores tan principales...

TONINO.—Somos felices.

PRÍNCIPE.—Tente. Que ese marido de que habla y esos lugares y esa casa deben ser de algún ogro terrible.

TONINO.—No me parece que la mujer tenga nada de ogra... Es muy cortés y afable.

PRÍNCIPE.—Como todos los ogros.

BELLA.—Vaya, ¿queréis seguirme?

TONINO.—Vamos andando. Que las provisiones se agotaron y yo tengo un hambre con el paseíto...

PRÍNCIPE.—No, yo no voy... Yo iré por este otro camino.

BELLA.—¡Estáis loco!... Si os sorprende la noche, os asaltarán los lobos o ladrones, y sólo hallaréis una miserable cabaña en que vive una vieja loca.

PRÍNCIPE.—¿Qué te dije? Alguna hada buena que se presenta en figura de vieja, como todas las buenas hadas. Este, este es mi camino.

TONINO.— Señor... No hagáis locuras... Señor Preceptor, interponed vuestra autoridad.

PRECEPTOR.— Dejadme, dejadme leer... No es posible que las cartas estén equivocadas... Hasta saber de fijo en dónde estamos, no me moveré de aquí.

BELLA.—¿Pero estáis locos? Estos lugares están muy frecuentados por leñadores y cazadores furtivos, y hasta llegar a las tierras de mi marido no estáis seguros.

PRÍNCIPE.—¡Ah mujer falsa! ¡Cómo adivino tus intenciones!

BELLA.—¿Qué dice?

TONINO.—No hagáis caso... Pero, señor Preceptor, ved que el Príncipe quiere aventurarse solo por esos andurriales.

PRECEPTOR.—Tú no debes dejarle.

TONINO.—¡Ah! ¿Y vos?

PRECEPTOR.—Yo desconfío de todo. Tan malo me parece este camino como el otro. Yo aquí os espero entregado a la lectura... El que primero llegue a poblado será servido de enviarme aviso de cómo se encuentra...

TONINO.— ¡Pues sí que sois para sacar de apuros!

PRECEPTOR.— Este camino me parece muy malo y esta mujer no me inspira confianza alguna. Sus ofrecimientos, su insistencia en llevarnos a su casa, sin conocernos...

TONINO.— ¡Lucidos estamos! El uno con sus libros de ciencias y el otro con sus cuentos, y yo muerto de hambre.

BELLA.— Vamos..., que pronto se hará de noche... y yo he de volver a mi casa... Sabed que mi marido es el más principal señor en veinte leguas a la redonda..., el más rico, el más poderoso. ¡Aunque me veáis vestida humildemente!...

PRÍNCIPE.— ¡Oh! ¡Allí veo a la buena vieja, el hada benéfica!... No hay que dudar... Corro a su encuentro. No me sigáis... Iré yo solo.

TONINO.— ¡Nada! ¡Y se marcha! ¡Gran cachaza la vuestra!

PRECEPTOR.— ¡La tuya!

TONINO.— ¿Qué cuenta daremos a Sus Majestades de nuestro Príncipe?...

PRECEPTOR.— ¿Qué cuenta darás tú? Yo sólo estoy encargado de su educación.

TONINO.— ¡Pues si os parece buena edu-

cación que tire por donde mejor le parezca!...

PRECEPTOR.—Ya volverá cuando el camino le parezca largo y trabajoso...

TONINO.—Sí; pero si antes le comen los lobos o le matan algunos bandoleros...

BELLA.—Fué una locura dejarle partir. ¡Señor! ¡Señor!

TONINO.—Sí, echadle un galgo... Pues yo no le sigo... Llévame a vuestra casa, que me muero de hambre y de sed...

BELLA.—No os pesará.

TONINO.—Coma yo, y aunque vuestro marido sea un ogro y vos una ogra...

BELLA.—¿Qué locura decís?

TONINO.—Nada, nada. El hambre que me hace desvariar... (*Aparte.*) Si quieren comerme, me cebarán antes para que esté más sabroso... ¿Os quedáis aquí?

PRECEPTOR.—Sí. Aquí espero noticias vuestras. Iré con el que haya encontrado mejor acomodo.

TONINO.—Pero ¿no tenéis hambre?

PRECEPTOR.—Yo no necesito más que alimento espiritual...

TONINO.—¡Buen provecho! Vamos andando.

BELLA.—Seguidme.

PRECEPTOR. — No es posible que la Real Academia de Ciencias se haya equivocado.

MUTACIÓN

Cuadro tercero

Una cabaña

ESCENA PRIMERA

La VIEJA y el PRÍNCIPE

VIEJA. — Pasad adelante, noble caballero... Yo quisiera ofreceros más digno albergue..., pero soy tan pobre... Vivo aquí miserablemente desde hace cincuenta años.

PRÍNCIPE. — ¿Tanto dura el encanto?

VIEJA. — ¿Qué encanto decís? ¿Os parece que sea un encanto vivir de este modo?

PRÍNCIPE. — ¡Bah! ¿Queréis burlaros de mí?... Sabed que mi fortuna y la vuestra me trajeron aquí para desencantaros. ¿Qué es preciso para ello? ¿Acuchillar dragones y gigantes? ¿Daros un beso? Tomad.

VIEJA. — Gracias. Sois muy amable.

PRÍNCIPE.—¡Ah! ¿No era así? ¿Qué es preciso hacer entonces?

VIEJA.—¡Pobre joven! Está loco.

PRÍNCIPE.—¿Padecéis el maleficio de algún hada más poderosa que vos?... ¿De algún mago o genio del mal?...

VIEJA.—No; yo no padezco nada más que mis años y mi pobreza... ¿Queréis comer algo? Puedo ofreceros higos y nueces.

PRÍNCIPE.—¡Qué ricos!

VIEJA.—Tomad... Son todas mis provisiones.

PRÍNCIPE.—Pero ¿de veras no podéis decirme cómo seríais desencantada? No os burléis de mí. Soy el Príncipe Azul.

VIEJA.—¡Pobrecillo! Me da mucha lástima... Tendréis frío, ¿verdad?... Voy a encender lumbre... Alcanzadme aquel haz de leña.

PRÍNCIPE.—¡Ah! Queréis obligarme a serviros... ¿He de someterme a esa prueba?

VIEJA.—No es prueba ninguna. Si sois tan amable... Yo no tengo fuerzas...

PRÍNCIPE.—Podéis mandarme cuanto queráis... Yo sé que por fin habéis de congratios conmigo, y entonces os mostraréis en vuestra verdadera figura, resplandeciente de hermosura..., y esta cabaña se

trocará en palacio maravilloso, y por vuestra mano me llevaréis a la princesa de mis sueños. .

VIEJA.—Sí, sí. Todo eso. (Le llevaremos el humor). (*Llaman a la puerta*).

PRÍNCIPE.—¿Quién llama?

VIEJA.—¿Quién va?

LEÑADOR 1º (*Dentro*).—Abrid, buena mujer.

VIEJA.—Son leñadores... Pobre gente que anda estos montes a ganarse la vida. Entrad.

ESCENA II

DICHOS y dos LEÑADORES

LEÑADOR 1º—Muy buenas tardes.

LEÑADOR 2º—Salud.

PRÍNCIPE.—Entrad, buena gente.

LEÑADOR 1º—¿Quién es?

VIEJA.—Un viajero que se perdió en el camino. Parece un loco.

LEÑADOR 1º—Parece un gran señor. ¿Traerá dinero?

VIEJA.—¿Eh? ¿Yo qué sé?

LEÑADOR 2º—Pues debieras saberlo... Si así fuera...

VIEJA.—¿Qué pensáis? Alguna fechoría.

LEÑADOR 1º—En la que tú nos ayudarás como siempre.

VIEJA.—No lo penséis... Este pobre niño saldrá vivo y salvo de mi casa...

LEÑADOR 2º—Déjate de pamplinas, y danos de beber.

PRÍNCIPE.—¿Qué vida lleváis?... Muy mala por las trazas.

LEÑADOR 1º—¡Figuraos! Todo el día para acarrear una mala carga de leña.

LEÑADOR 2º—Nunca debiera ser invierno para los pobres.

LEÑADOR 1º—Pues yo aún le prefiero. ¿Qué me dices del verano?

LEÑADOR 2º—Todo el año es malo para el que vive malamente.

PRÍNCIPE.—¡Pobres hombres! Señora hada, debierais ser compasiva con ellos y repartirles de vuestros tesoros.

VIEJA.—Ya veis que así lo hago. Este es todo mi tesoro; este vinillo añejo... ¿Queréis probarlo?

PRÍNCIPE.—Venga. No es malo.

LEÑADOR 1º—¡Ah! Esto da la vida.

LEÑADOR 2º—Esto alegra.

PRÍNCIPE.—Vaya, buena gente. Tomad...

LEÑADOR 1º—¡Oro!

LEÑADOR 2º—¡Señor!

PRÍNCIPE.—Y para ti también..., para que te rías de mí...

VIEJA.—Al contrario. Os quedo muy agradecida... ¿Cuándo vi yo tanto dinero junto?

LEÑADOR 1º—¿No visteis? El bolsillo estaba lleno de oro...

LEÑADOR 2º—Y aun ha de llevar más escondido.

LEÑADOR 1º—Volveremos cuando duerma.

LEÑADOR 2º—Eso es.

LEÑADOR 1º—Afilaremos bien el hacha.

LEÑADOR 2º—Es un niño. Bastará con las manos, o una buena sogá al cuello.

VIEJA.—Algo traman estos condenados.

LEÑADOR 1º—Bueno. Ya bebimos y descansamos... Hay que llegar al pueblo antes de amanecer.

LEÑADOR 2º—Buen viaje y salud...

PRÍNCIPE.—Salud, buena gente.

LEÑADOR 1º—Volveremos. Procura que se acueste pronto y deja encendida una luz.

VIEJA.—¡Miserables! ¡No, no entraréis esta noche!

LEÑADOR 2º—¡Ay de ti mañana! Lo dicho.

LEÑADOR 1º—Dormid bien. (*Salen*).

ESCENA III

El PRÍNCIPE y la VIEJA

PRÍNCIPE.—¡Pobres hombres! ¡Triste vida la suya!... Tendrán familia... hijos...

VIEJA.—(¡Qué buen corazón! No, no puedo consentir...) Noble joven, salid de aquí pronto... No os detengáis un instante.

PRÍNCIPE.—¿Qué ocurre?

VIEJA.—No preguntéis... Creedme... ¡Si supierais!

PRÍNCIPE.—¿Qué? Nada me asusta... Sé que has de someterme a muy duras pruebas... Todo he de arrostrarlo... Yo sé que me espera la felicidad.

VIEJA.—¡La muerte! ¡Desventurado joven!... ¡Salid..., salid pronto!... Yo os indicaré la senda por donde podéis salir de estos bosques sin ser visto de nadie.

PRÍNCIPE.—¡Bah! ¡Vengan gigantes y fieros dragones!... ¡Vengan monstruos y trasgos!... ¡Levántense murallas de fuego!...

VIEJA.—¡Señor! No digáis locuras. Nada de eso será, ni hay que temerlo...; pero esos hombres, esos desalmados... Quieren

robaros... Han visto que guardáis oro... Os matarán, como mataron a otros... Ved... Encienden la hoguera a que han de arrojar vuestro cuerpo para desfigurarle... Después lo arrojarán a una sima, como a otros muchos... Yo fuí su cómplice muchas veces... ¡Soy una infame!... El miedo..., la miseria... Pero hoy no. Sois tan niño, tan bondadoso... Me dais compasión, y quiero salvaros; pero no tardéis... ¡Huid, huid; por vuestra madre!..., porque sois aún muy niño para tener otro amor en la tierra.

PRÍNCIPE.—No, no huyo. Aquí espero a esos hombres, sean hombres o monstruos. Nada me acobarda.

VIEJA.—¡Por mí! ¡Tened piedad de mí!... ¡Ved que si vuelven y os defienden también me matarán!... También si no os encuentran... Dirán que los he engañado. ¡Pero qué importa! Me dais mucha lástima.

PRÍNCIPE.—No, no saldré. Estoy seguro de que sólo queréis probar mi valor... Todo es preciso para conseguir a la princesa.

VIEJA.—¡Oh! ¡Qué locura! ¡Pobre niño! Ved que yo no soy un hada: soy una pobre vieja que se compadece de ti y quiere salvarte... Ven... Saldremos juntos, si quie-

res...; pero yo no podré andar... Nos darán alcance...

PRÍNCIPE.—Contigo, sí... Si es verdad lo que dices... No puedo dejarte en mano de esos hombres... Pero yo sé que me engañas... Vamos... Cuando no puedas andar, yo te llevaré en brazos. Soy fuerte y nada temo...

VIEJA.—Sí, sí... Nos salvaremos juntos...

PRÍNCIPE.—Pero ¿dices verdad? ¿Tú no eres lo que pareces? ¿Eres una pobre mujer nada más?...

VIEJA.—No, no. Vamos, vamos pronto... Cree lo que tú quieras..., cree... Sí, soy un hada; un hada buena que ha de salvarte... ¿Qué más da si te salvo?

PRÍNCIPE.—¡Bien sé que has de salvarme!... ¡Bien sé que he de verte por fin, princesa mía! (*Salen*).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Cuadro primero

La casa del Ogro

ESCENA PRIMERA

El OGR0, y después la BELLA y TONINO

OGR0.—¡Hola! ¿Qué es esto? ¿No hay nadie aquí? ¿No se come en esta casa? ¡Pécoras de mujeres!

BELLA.—No grites. Ya estoy aquí.

OGR0.—¿Qué huésped es ese?

TONINO.—Servidor humilde. (Sí que no me da buena espina esa panza enorme. Ogro tenemos).

BELLA.—Es un viajero que estaba perdido a la entrada del bosque del Infierno. Le acompañaban otros dos señores, locos de remate, que allí se quedaron. Éste me dijo que estaba muerto de hambre y de cansancio, y le ofrecí nuestra casa.

OGR0.—¡Hum! No me gusta esta gente

que anda perdida por los caminos. Por las trazas, sois uno de esos truhanes chocarros que cantan y danzan por los lugares para sacar los cuartos a los bobalicones.

TONINO.—Soy algo más. Soy criado del Príncipe Azul.

OGRO.—Su bufón, diréis. Bajo estado...

BELLA.—¿Y era el Príncipe el que os acompañaba? ¿Aquel jovencillo desventurado que echó por el bosque? ¡Pobrecillo! ¿Qué habrá sido de él?

TONINO.—Habrá encontrado al hada buena.

BELLA.—Sí, sí. Con algunos malhechores. ¡Pobrecillo!

OGRO.—Bueno, bueno. Sírveme la comida, y ese bergante que vaya a la caballeriza, y allí le darás de las sobras...

BELLA.—No seas tan ruin... Come y beba a sus anchas; nos divertirá con canciones y chistes...

OGRO.—Nunca me divirtieron esas cosas. Pero acomodaos donde queráis y esperad a que hayamos comido. Sirve pronto.

TONINO.—(¡Ay! ¡Qué suplicio! ¡Ver comer y no probar bocado! Preferiría que al Ogro le diera por engordarme... ¿Si le habré parecido poco apetitoso?...) ¡Señor! ¿No

habéis reparado en mí?... Mi carne es de la mejor calidad... La pechuga es sabrosa, y mis brazos son como alones de pichón.

OGRO.—¿Qué me importa? ¿Estáis loco, o borracho?

TONINO.—(Nada; no hace aprecio de mí... Le gustarán sólo los niños tiernecitos... Verdad es que teniendo a mano tan bien provista mesa...) ¡Ah! ¡Qué aroma! Ese cochinito me pierde.

OGRO.—¿Huele bien, verdad? Os dejaré algún hueso.

BELLA.—(¡Pobrecillo! Le daré algo a escondidas).

TONINO.—(Gracias, bella señora. Me dais la vida. ¡Ah! ¡Delicioso!)

OGRO.—Bueno. ¿Es esa toda vuestra gracia? Decidme algo chistoso.

TONINO.—¡Ah!...

OGRO.—¿Qué os sucede?

TONINO.—Nada, nada.

OGRO.—¿Estáis tragando?

TONINO.—No, no... Eran ilusiones. (*Bajo a la Bella*). Un traguito, por piedad, que me ahogo.

BELLA.—No seáis cruel. Dejadle por lo menos que beba.

OGRO.—Eso sí... Que beba.

BELLA.—Tomad.

TONINO.—A la salud de tan noble señor.
¡Ah!... ¡Bueno es el vinillo!

OGRO.—De mi cosecha.

TONINO.—Ya se ve que sois hombre rico.

OGRO.—Asómate a esas ventanas. Tu vista alcanzará hasta un monte lejano; pues hasta allí todo es mío. Detrás de ese monte hay muchas más tierras... hasta llegar a un río; pues hasta allí todas son mías. Detrás del río hay otras tantas tierras que llegan hasta el mar; pues hasta el mar todo es mío.

TONINO.—¿Pero el mar no? ¡Qué lástima!

OGRO.—El mar no me serviría para nada. El mar es para los locos y los navegantes, gente aventurera.. Yo soy un hombre práctico...

TONINO.—Ya se ve que sí.

OGRO.—Vivo aquí más feliz que un rey.

TONINO.—Es posible... Nunca vi comer a un rey con tan buen apetito...

OGRO.—Pues esto no es nada más que la merienda... Esta mañana me almorcé una ternera asada... Y para cenar... ¡Ah! Para cenar guardo el mejor bocado.

TONINO.—(¡Uy! Ahora me mira. Se le habrá antojado guardarme para la cena).

Si vierais que con el cansancio del viaje estoy tan poco presentable...

BELLA.—Ya os aviaremos.

TONINO.—(¡Uy! Van a ponerme en salsa... Esta será mi cocinera.) ¿Habéis terminado?

ESCENA II

TONINO y el OGRO

OGRO.—Sí, hombre; sí. ¿Tienes hambre?

TONINO.—Un poquillo. Yo no he almorzado una ternera.

OGRO.—Siéntate y come. Yo no soy un avaro. Puedes atracarte a tu gusto... Pero no vaya a darte un torozón.

TONINO.—(¡Uy, cómo me cuida!...)

OGRO.—Bebe, hombre; bebe. Alégrate... Yo no me como a nadie, como habrás creído antes.

TONINO.—No, no...

OGRO.—Es que cuando tengo hambre me pongo de mal humor; pero en cuanto he comido, soy el hombre más alegre. Bebe, hombre; bebe.

TONINO.—(Maló. Quiere emborracharme... Para echarme a la cacerola sin que

me entere). No, no; gracias. ¡Uy! Y este vino se me sube a la cabeza de un modo... Van a guisarme sin sentirlo). Aunque sea mal preguntado: ¿van a ponerme unas patatitas?

OGRO.—¡Oh! ¡Patatitas! ¡Comida de pobres!... Te pondremos trufas.

TONINO.—(Como a un pavo). ¿Y no teméis que se os indigeste?

OGRO.—Nunca he padecido indigestiones.

TONINO.—(Pues como yo pueda...)

OGRO.—(*Canta*). «La vida es alegre,
comer y beber...»

TONINO.—¡Qué hermosa voz!

OGRO.—¿Verdad que sí?

TONINO.—(Le adularemos).

OGRO.—«La vida es alegre...»

TONINO.—(Me parece que la ha cogido... Si se emborrachara y pudiera escaparme...)
Vaya si tenéis buen humor. Al principio no lo parecía...

OGRO.—Antes de comer estoy siempre malhumorado.

TONINO.—Bebed, bebed...

OGRO.—Y tú también...

TONINO.—(¡Ay! que me parece que caigo yo antes...)

OGRO.—«La vida es alegre,
comer y beber...»

TONINO.—¡Qué bonita canción!...

«La vida es alegre...»

OGRO.—Me parece que el alegre eres tú... Así me gustas.

TONINO.—(Le gusto con vino...)

OGRO.—Vamos... Dime algo gracioso, bufón...

TONINO.—¡Para gracias estoy yo ahora!
¡Tengo unas ganas de llorar!... ¡Ah! ¿Qué
habrá sido de mi señor? Por supuesto, lo
que será de mí... ¡Pobre Príncipe!

OGRO.—No, llorona no.

TONINO.—(¡Pobre de mí! ¡Ah! ¡Qué
idea!...) ¡Ay, ay!...

OGRO.—¿Qué te pasa?

TONINO.— ¡Estoy envenenado! ¡Ah!...
¡Estoy envenenado!... ¡Ese vino está enve-
nenado!.. ¡Tengo un perro rabioso dentro!
¡Ah!... Rabio, muerdo; ¡estoy envenenado!

OGRO.—Estás borracho...

TONINO.—No podéis comerme... Os ha-
ría daño... ¡Ay, ay!...

OGRO.—La indigestión... Yo no tengo
nunca indigestión... ¡Ah!...

TONINO.—Se ha dormido... ¡Me he sal-
vado!... La ogresa parece buena mujer y

me dejará escapar... ¡Cómo ronca!... ¿Por dónde puedo salir?... Pero antes conviene hacer provisiones... ¡Ajajá!... Con esto ya puede hacerse el camino...

ESCENA III

DICHOS y la BELLA

BELLA.—¿Dónde vais?...

TONINO.—¡Ah!... No hay escape... Se ha dormido, y por no despertarle me iba a terminar de comer por allí dentro...

BELLA.—¿Dormido? Vaya... Ya tenemos la de un día sí y otro no... Luego se despierta con un humor que nos comería a todos...

TONINO.—¿Sí, eh? Pues antes de que se despierte...

BELLA.—Veré si puedo acostarle. ¡Eh! Vamos arriba...

OGRO.—¿Eh? «La vida es alegre...»

BELLA.—Vamos. Ayudadme a sostenerle...

TONINO.—No, no; gracias. No sea que vuelva en sí y me dedique la primer dentellada...

BELLA.—¡Ay! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre!

PRÍNCIPE.—(*Dentro*). ¡Ah de la casa!
¿No hay nadie?...

TONINO.—¿Qué oigo? ¡Mi señor! ¡El Príncipe!
¡No le ocurrió nada!...

PRÍNCIPE.—¡Abrid! ¡Ah de la casa!

BELLA.—Voy, voy... Sostenedle entretanto... Hacedme el favor. (*Sale*).

TONINO.—Yo debiera impedir que entrara el Príncipe... Cuando el Ogro le vea tan joven, tan tierno... ¡Uy! ¡Y cómo pesa!... Es claro: como una ternera y un cochinito juntos, sin contar los entremeses... (*Al ver entrar al Príncipe, corre a su encuentro y deja caer al Ogro*). ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Captán! ¡Se desplomó la mole!

ESCENA IV

DICHOS, la BELLA, el PRÍNCIPE, la VIEJA
y el PRECEPTOR

BELLA.—¿Pero no veis que habéis dejado caer a mi marido?...

PRÍNCIPE.—¡Oh, mi buen Tonino!...

TONINO.—¡Señor, Señor! ¿Qué ha sido de vos? ¿Cómo librasteis de vuestra aventura? ¿Os condujo aquel mal camino a un palacio encantado? ¿Es ésta el hada que ha de protegeros?

PRÍNCIPE.—No sé, Tonino. Sé que escapamos por milagro de unos bandoleros que querían asesinarme... Sé que debo la vida a esta buena mujer... Cuando íbamos por el bosque, los bandidos nos divisaron desde lejos y corrieron en nuestra persecución... Esta pobre vieja no podía andar ligera y tuve que tomarla en brazos... Yo corría entre los matorrales y los riscos, y aquellos desalmados siempre detrás amenazadores... Al llegar a un rastrojo, no se les ocurrió cosa mejor que prenderle fuego, y como el viento soplaba en la dirección que llevábamos, pronto nos vimos amenazados por un mar de fuego, que avanzaba en oleada terrible hacia nosotros...

VIEJA.—Nunca me saldrá el susto del cuerpo...

TONINO.—¿Y cómo escapasteis!

PRÍNCIPE.—No lo sé. Yo aseguraría que volamos...

VIEJA.—Volar, no..., pero mucho corristeis a pesar de la carga... Sois fuerte y bravo...

TONINO.—De modo que no hubo palacios, ni princesas, ni hadas... Ya decía yo. Aquel camino no podía llevar a parte buena... Y a vos, señor Preceptor, ¿cómo os ha ido?

PRECEPTOR. — Yo estuve confrontando mis libros en todo ese tiempo... No era posible que la carta estuviera equivocada... En efecto, el error era mío. Me pasé de una línea a otra, y, claro está, lo que en la carta es una pulgada, en el camino eran siete leguas...

TONINO. — Es que la verdad, en los libros como en la vida, siempre está entre líneas.

PRECEPTOR. — Cuando el Príncipe regresaba de su accidentada excursión... yo estaba dormido... Me despertaron... Esta vieja nos trajo a esta casa, donde aseguró que nos darían de comer.

TONINO. — Eso sí, se come muy regularmente... Pero, ¡ay!, que es para cobrarse con creces... Sabed que este es el castillo del Ogro... Yo ya estoy apalabrado para servirle de cena esta noche... Vosotros le serviréis para el desayuno de mañana.

VIEJA. — ¿Qué disparates decís?

PRÍNCIPE. — ¡Ah! Esta es la prueba decisiva... Este es el ogro que tiene en su poder a la princesa... ¿He de vencerle para desencantarle y llegar hasta ella?... Pues venga pronto, y yo solo con mi espada...

PRECEPTOR. — Señor... No es bien sacar la espada contra quien nos abre así las

puertas de su casa... Ved que eso de los ogros es pura fábula... Hay, sí, antropófagos..., esto es, hombres que se comen a los demás hombres..., de *antropos*—hombre—y *fagos*—comer;—pero en regiones salvajes, no en países civilizados como éstos.

PRÍNCIPE.—¿Tú que sabes? Mis libros dicen más verdad. ¿No es cierto, hada mía? ¿No estamos en el castillo del ogro?

VIEJA.—Yo no sé de ogros.

TONINO.—Él tiene traza de haber engullido mucho en este mundo. ¡Si vierais su panza! ¡La de hombres y mujeres y niños que debe de haberse tragado!

VIEJA.—Eso no, pero casas y pueblos enteros, sí... Ya visteis al llegar que todo es pobreza en los alrededores, y sólo las tierras y la casa de este hombre son ricas. Él arrambló con todo... comprando aquí, prestando allá, arruinando a éste, engañando al otro... Yo también fui una de sus víctimas... Por él me veo como me veo...

PRÍNCIPE.—¡Ah! ¿Es el culpable de tu encantamiento? No tardará en ser destruído. ¡Salid acá, señor Ogro, que el Príncipe Azul os espera!

PRECEPTOR.—Tened juicio.

TONINO.—Nos comerá a todos.

PRECEPTOR.—Ved que estos ogros a la moderna no son como esos de los cuentos.

PRÍNCIPE.—Nada oigo, nada entiendo... Aquí ha de terminar la aventura... ¡Protegedme, hada mía!

VIEJA.—¡Detenedle, que ese hombre le matará!

PRECEPTOR.—¿Qué haces que no defiendes a tu señor?

TONINO.—¿Qué hacéis vos?

PRECEPTOR.—A mí todo me parece un sueño.

VIEJA.—¿Oís? Corramos, van a matarle...

ESCENA V

DICHOS. Salen el PRÍNCIPE corriendo sin espada, y detrás el OGR0 con una tranca y la BELLA con una escoba

PRÍNCIPE —¡Ah! ¡Me ha vencido!...

OGR0.—¡Bribón! ¡Tunante! ¡Amenazas a mí..., en mi casa!...

BELLA. ¡Querer matar a mi marido!... ¡Fuera!... ¡Ladrones!...

VIEJA.—¡Teneos!...

PRECEPTOR.—Ved que es mi señor...

TONINO.—Ved que es el Príncipe...

OGRO.—He de matarle.

VIEJA.—¿No veis que está loco el pobre joven?... Tened compasión...

PRÍNCIPE.—Hada mía... Se rompió mi espada... Fué cosa de hechizo... Me ha molido a palos...

TONINO.—Y a escobazos.

BELLA.—¡Habrás visto el mocoso!...

OGRO.—Salgan, salgan pronto de mi casa... Y agradezcan que salen vivos...

TONINO.—¡Ah! Menos mal...

PRÍNCIPE.—Hada mía..., ¿qué es de tu poder? ¿Por qué no me salvas ahora como antes?

VIEJA.—Ya salvas la vida... ¿Qué más quieres? No tardemos en salir de esta casa maldita.

OGRO.—¿Qué dice esa vieja?

VIEJA.—¡Sí, sí! ¡Maldita! ¡Maldita!

OGRO.—¡Por vida...!

BELLA.—Déjalos... Salgan pronto...

PRÍNCIPE.—Sí, saldremos... Pero yo volveré con todos los ejércitos del rey mi padre si fuera preciso... Yo volveré para castigarte y vengar a todas tus víctimas...

VIEJA.—Eso no será malo.

OGRO.—¡Pobre criatura! Llévadle a sus padres, o acabará mal si da en estos desatinos.

TONINO.—No le impacientéis más. Salgamos.

PRÍNCIPE.—¡Ay!... ¡No puedo más!... Me duelen las costillas.

PRECEPTOR.—¿Dónde iremos ahora?

VIEJA.—Venid conmigo. Yo os guiaré a lugar donde seáis más afortunados.

PRÍNCIPE.—Ya sabía que era difícil el camino..., pero nada me importa... ¡Estaba tan seguro de que era el camino de la felicidad!... Llévanos donde quieras.

MUTACIÓN

Cuadro segundo

El palacio del rey Chuchurumbé

ESCENA PRIMERA

Las tres HIJAS del rey Chuchurumbé,
con sus PAJECILLOS

HIJA 3ª.—¿No os aburrís mucho, hermanas? ¿En qué estáis pensando?

HIJA 1ª.—Yo me divierto con mirar al cielo.

HIJA 2ª.—Yo, con escuchar el ruido del mar.

HIJA 3ª—Yo miraba al camino por si llegara alguien que pudiera divertirnos... ¿Qué haríamos para pasar la velada entretenida?

HIJA 1ª—Cantar.

HIJA 2ª—Decir versos.

HIJA 3ª—¡Qué tontería!

HIJA 1ª—En estas noches de verano no se puede trabajar con luz..

HIJA 2ª—Además, el Rey nuestro padre dice que se gasta mucho mineral...

HIJA 1ª—Si no, yo leería...

HIJA 2ª—Yo bordaría... Pero no tenemos más luz que la de la Luna...

HIJA 1ª—Jugaremos al corro. Vamos, hermanas...

HIJA 3ª—¡Qué tonterías! Juego de niñas...

HIJA 1ª—¡Pero es tan bonito!... No hay juego más bonito. Cantar todas al mismo tono y cogidas de las manos... Como si nunca hubiéramos de soltarnos y siempre hubiera de cantar la misma canción infantil en nuestros corazones...

HIJA 3ª—Jugaremos si os divierte...

HIJAS 1ª y 2ª—Sí, sí... ¿Qué cantaremos?...

HIJA 3ª—Lo que menos sentido tenga.
(*Juegan al corro y cantan*).

Al ánimo, al ánimo,
que se ha roto la fuente...

ESCENA II

DICHAS y el REY

REY.—¿Qué es esto? Nunca tendréis juicio. Así no os casaréis nunca...

HIJA 1ª—Yo no quiero casarme...

HIJA 2ª—Yo tampoco...

HIJA 3ª—Yo sí, yo sí...

HIJA 1ª—¿Para qué quieres casarte?...

HIJA 3ª—Para lucir ricos trajes y joyas y tener carrozas de oro con caballos blancos y penachos de aves del Paraíso...

HIJA 1ª—¡Qué tontería! ¿Y si el marido es malo?

HIJA 2ª—¿Y si tienes muchos hijos y no tienes tiempo para componerte?

HIJA 3ª—A los niños les pondré ayas. A mi marido le compraré un coche, de esos que andan solos, para que se entretenga...

REY.—Sois unas locas, y así andáis en lenguas de todos. Ya sabéis lo que se dice de mí y de vosotras en todas partes... «Este era un rey que tenía tres hijas y las metió en tres botijas; las vistió de colorao y las echó por un tejao...»

HIJA 3ª.—¿Qué gracioso sería el que lo dijo? ¿Por qué no le hicisteis ahorcar?

HIJA 2ª.—No es para matar a nadie. A mí me hace gracia...

HIJA 3ª.—Nunca nos hemos vestido las tres lo mismo.

REY.—Por no estar de acuerdo en nada.

HIJA 1ª.—Yo prefiero ir siempre de carmesí, que es color señorial, muy propio de prelados y dignatarios y de mujeres que llevan muy buen gobierno de su casa...

HIJA 2ª.—Yo de verde, que es color de los campos y de los mares..., alegría y esperanza de todos... Que no debe uno pensar sólo para sí y para su casa.

HIJA 3ª.—Yo el blanco, que es color de la nieve y toma el color de todas las luces y todos los reflejos... Más blanco a la Luna, dorado al Sol, rojo al fuego, azul a la orilla de los lagos, plateado al borde de las fuentes...

REY.—Sois unas locas, y no podré casaros nunca y arruinaréis mi reino...

HIJA 3ª.—Mirad, mirad... Por allí viene un galán caballero.

HIJA 1ª.—Sí, sí ..

HIJA 2ª.—Será el Príncipe Azul, que ahora viaja por el mundo para instruirse...

HIJA 1ª—Para casarse.

HIJA 3ª—Para divertirse.

REY.—Si fuera él, bien venido sea..., que el Rey su padre es mi amigo y aliado, y mucho me convendría casarle con una de mis hijas... Tened juicio y no hagáis cosa que pueda asustarle..., o, por los catorce picos de mi corona, que acabaré por hacer con vosotras lo que dice el vulgo: os meteré en tres botijas...

ESCENA III

DICHOS y el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE.—Salud, gran Rey. Salud, bellas Princesas. ¿No es éste el palacio de Chuchurumbé?

HIJA 3ª—(Que cuanto más se mira, menos se ve. Parece tonto).

REY.—Ten prudencia y crianza... Yo soy el Rey Chuchurumbé, noventa y nueve duplicado de este nombre, que no quise prolongar la serie en tan mal número. Éste es mi palacio, y éstas son mis tres hijas. Y vos, amable joven, ¿quién sois?

PRÍNCIPE.—¿Conocéis este anillo?

REY.—¿Sois el Príncipe Azul? Hijo de

mi mejor amigo... ¡Ah! No sabéis cuánto me alegro de veros y cuánto quiero a vuestro padre... Veinticinco años llevamos de estrecha amistad, y en ese tiempo sólo hemos tenido tres guerras, que yo he perdido siempre. Podéis figuraros si tendré interés en evitar la cuarta... ¿Qué os parecen mis tres hijas?

PRÍNCIPE.—A cual más bella.

REY.—¡Oh! La belleza es lo de menos... La educación, la educación... Son muy mujeres de su palacio. Ellas cosen, ellas guisan... Harán feliz a un hombre; mejor dicho, a tres hombres..., porque las leyes no permiten que uno solo se case con las tres; y creed que yo celebraría que por vos pudieran alterarse las leyes.

HIJA 3ª — (Dices muchos disparates, papá...)

REY. — (Calle la mocosa... Acabaréis por asustarle... Dejadme a mí, ya que, por desgracia, no tenéis madre y tengo yo que hacer estos papeles...)

PRÍNCIPE.—Ya sé que sólo a una puedo elegir... y será a la que yo amaba sin conocerla... Yo sé por mis libros que de las hijas de los reyes, siempre la menor es la más bella y virtuosa. .

HIJA 1ª—(¡Qué necio!)

HIJA 2ª—(¡Qué inocente!)

REY.—(Guardad compostura). Sí. Eso dicen los libros y los cuentos... Y... (le endosaremos la menor, que es la peor criada). Y así es... Esta es su mano. Os lleváis la mejor perla de mi corona.

HIJA 2ª—(No es feílo... y será un rey poderoso...)

REY.—Reuniré a mis ministros para firmar los esponsales... Mañana empezarán los regocijos con un gran besamanos...

PRÍNCIPE.—¿A eso le llamáis regocijo?... No hay nada más aburrido...

REY.—Para nosotros. Pero a los cortesanos les divierte mucho.

ESCENA IV

DICHOS, la VIEJA, TONINO y el PRECEPTOR

REY.—¿Qué gente es ésa?

PRÍNCIPE.—Es mi comitiva, señor.

REY.—Extraño acompañamiento de un príncipe.

TONINO.—Os escapasteis de la posada. Locos anduvimos hasta dar con vos.

PRÍNCIPE.—Vi el palacio de mi princesa,

y emprendí yo solo el camino... Ya sabía yo que mi hada no tardaría en buscarme. He aquí el hada, Princesa, que me trajo hasta aquí. Saluda a mi esposa, a mi Princesa...

VIEJA.—¡Cómo! ¿Estáis casado?

TONINO.—No vi hacer matrimonio tan de prisa...

PRÍNCIPE.—Así leí que fueron siempre los casamientos de los príncipes.

VIEJA.—¡Pobre joven!... ¿Y conocíais a vuestra novia?

PRÍNCIPE.—De toda mi vida. Es la hija menor de un rey: la que es siempre bella y virtuosa... Tú lo sabes bien, hada mía... Ya ves que todos los trabajos concluyeron. ¿A qué esperas para mostrarte en tu verdadera forma?

VIEJA.—¡Ay, ay! ¿A qué espero? A que tengas juicio. ¿Tú no sabes lo que se dice de estas hijas del Rey?... Tú no eres de estas tierras, y no las conoces... La menor es una tarasca.

PRÍNCIPE.—¿Aun quieres exponerme a otras pruebas?

VIEJA.—Hasta mis soledades llegó la fama de su falta de juicio y de crianza. ¿Crees en mí?

PRÍNCIPE.—Siempre.

VIEJA.—Pues deja a mi cargo este asunto... ¡Ah, señoras Princesas!... Al entrar aquí oímos lamentarse a vuestros criados... Tres lindos animales que eran vuestro recreo se habían escapado de sus jaulas...

HIJA 1ª—¡Mi tití!

HIJA 2ª—¡Mi cotorra!

HIJA 3ª—¡Mi rata blanca!

VIEJA.—Los criados lloraban, porque temen ser castigados muy duramente...

HIJA 3ª—Los haré matar. ¿Verdad, padre mío?

HIJA 1ª—Bastará con despedirlos. ¿No es eso?

HIJA 2ª—No. ¡Pobre gente!... Un animal no vale la pena de causar un dolor a nadie...

VIEJA.—¿Qué decís ahora?

PRÍNCIPE.—Mi princesa no tiene buen corazón...

VIEJA.—Esperad. Al entrar dejé caer unas monedas..., todo mi caudal... ¿Qué haré para recobrarlo?

HIJA 3ª—Id a buscarlas.

HIJA 1ª—Yo mandaré que las busquen los jardineros.

HIJA 2ª—¿Dónde cayeron? Venid conmigo, y yo las buscaré.

VIEJA.—¿Qué os parece?

PRÍNCIPE.—No es mi princesa la que tiene mejor corazón.

VIEJA.—Esperad... El Príncipe trae tres regalos para las Princesas... Una joya, un libro y una flor. Él no sabe cuál ofrecer a cada una... Elegid vosotras.

HIJA 3ª.—Yo la joya.

HIJA 1ª.—Yo el libro.

HIJA 2ª.—Yo la flor.

VIEJA.—La que eligió la joya, piensa en parecer bien a todos. La que eligió el libro, piensa en parecerse bien a sí misma. La que eligió la flor, en que sus hermanas parezcan bien, porque piensa en los demás y no en sí misma... ¿Qué dices ahora?

PRÍNCIPE.—Que ésta es mi princesa, y tú el hada buena que me enseñó a vivir.

VIEJA.—Por vieja, y no por hada.

HIJA 3ª.—¿Consentiréis que así me desprecie? Debéis declarar la guerra al rey su padre.

REY.—No. La cuarta paliza, no. Yo me alegro de que tu hermana sea la preferida. Os lleváis la mejor perla de mi corona.

HIJA 3ª.—Le sacaré los ojos.

REY.—Calla, basilisco. Yo no quería deciros nada; pero los cuentos... son cuentos...

PRECEPTOR.—Embustes, mentiras... No hay más verdad que la ciencia.

TONINO.—No hay más verdad que echarse a lo que salga.

PRECEPTOR.—Vuestros padres llegan.

PRÍNCIPE.—¡Qué alegría!

REY.—¡Oh! Mi excelente amigo...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, el REY y la REINA

REINA.—¡Hijo mío!

REY.—Chuchurumbé, esos brazos...

CHUCHURUMBÉ.—Estáis muy bien conservado.

PRÍNCIPE.—¿Como fué el venir en mi busca?

REY.—Supimos que andabas haciendo desatinos, y con lo puesto emprendimos el viaje. ¿Era así como cuidabais del Príncipe?

PRECEPTOR.—Señor... El Príncipe es un carácter vehemente, imposible de gobernar.

PRÍNCIPE.—No hagáis caso... Ya veis que nada malo me ha sucedido.

REINA.—Tomaste los cuentos al pie de la letra, y creíste ver hadas, ogros y princesas de cuentos... Has estado a punto de

perecer..., has podido casarte con una mujer insoportable...

HIJA 3ª.—Diga usted, señora, ¿qué es eso de insoportable? El insoportable, el mal criado y el títere es su niño. ¡Monicaco! (*Le saca la lengua*).

REINA.—¿Qué princesa es ésta?

REY.—¿Estás ya desengañado? ¿Aprendiste que la vida no es un cuento de hadas?

PRÍNCIPE.—No; al contrario. Vi realizados todos mis sueños, porque creía en ellos. Encontré almas buenas como las buenas hadas; encontré hombres feroces como los ogros; encontré una princesa como las princesas de los cuentos. Para esta buena vieja, que me salvó con su compasión y me desengañó con su experiencia, te pido ricos galardones, porque fué mi hada buena. Para el hombre feroz, como los ogros que arruinan a los pobres y llevan la miseria a todas partes con su egoísmo, te pido justicia... Para mi princesa, que si no es la menor de las hijas de un rey, como en los cuentos, es la que mereció mi cariño, te pido amor de padre... Ya ves que mi viaje no fué tan desgraciado, ni pudo desengañarme de mis ilusiones... Aprendí que todos llevamos un hada protectora a nuestro

lado; que si la oímos siempre, podemos hacer felices a cuantos nos rodean y serlo también nosotros...; aprendí que es preciso soñar cosas bellas para realizar cosas buenas... ¡Gloria a mis cuentos de hadas! ¡No maldeciré nunca de ellos! ¡Felices los que saben hacer de la vida un bello cuento!...

TONINO.— Queridos niños: un aplauso de vuestras manecitas es la mayor gloria para un poeta, porque sois el porvenir... Sea el de vuestra vida, que es la vida futura de nuestra España, como un cuento de hadas en que triunfa el bien siempre de todos los males..., y todos son felices como el Príncipe Azul de este cuento, queridos niños.

TELÓN